



Editorial / Editorial / Editorial

No toda clasificación es superior al caos

Miguel A. García

Una vez más, autores que hablan diferentes lenguas y poseen distintas formaciones académicas se reúnen en esta nueva entrega de *El oído pensante*. Todos ellos confluyen en un lugar donde se transita con dificultad: la construcción del conocimiento sobre las músicas y sus sujetos. Esta confluencia es, o pretende ser, el punto de encuentro de nuestra publicación. A este punto los autores arriban no solo desde formaciones académicas disímiles, como fue dicho, sino también con miradas puestas en distintos temas: el músico como investigador, el samba de roda, el candomblé, el tango *queer*, la escucha y sus ambientes, los estilos musicales en Mali y el nexo entre tradición y modernidad. Hasta aquí no hay nada nuevo, toda publicación periódica tiene vocación dialógica y reclama la confluencia de lo diverso. En este sentido, *El oído pensante* es una expresión más de la diversidad del conocimiento.

Esta diversidad permite una reducción. El hecho de que todos los autores, editores y evaluadores convocados para la publicación poseamos cierta competencia para comprender y aun opinar sobre gran parte de las contribuciones aquí reunidas, colabora a reducir esa diversidad. No obstante, esta reducción no puede vulnerar la diversidad por completo. Hay que expresarlo en forma directa: a pesar de la posibilidad del diálogo y de que tengamos las mismas rutinas académicas, nuestra área no tiene nombre. Por lo tanto, los sujetos que trabajamos en ella tampoco tenemos nombre. Si la diversidad no permite ser nominada no hay lugar para una reducción completa, es decir, no hay lugar para convertir su multiplicidad en algo unívoco.

La necesidad de hallar un nombre para el área donde los trabajos de éste y los números anteriores de *El oído pensante* convergen, es un problema que va mucho más allá de esta publicación y no parece tener otro propósito más que apaciguar cierta inquietud. En una antología reciente, Jonathan Sterne (2012) logró ese propósito y llamó *sound studies* a un área ecléctica abocada al estudio del sonido. El eclecticismo de esa área se patentiza en el hecho de que sus nutrientes provienen de campos tan disímiles como lo son las ciencias sociales, las artes, la acústica, entre otros. Podría decirse que el común denominador de los artículos reunidos por Sterne es un interés –fascinación en algunos casos– por las dimensiones acústico-perceptivas del sonido y su presencia en el mundo en términos de poder, política, placer, identidad, cambios tecnológicos, etc. Asimismo, con una cuota ejemplar de creatividad y coraje, Sterne propuso el término *sound students* para designar genéricamente a quienes se desempeñan en el área de los *sound studies*. Sterne nombró un área y también a quienes trabajan en ella, y al hacerlo proveyó una dosis de tranquilidad.



Los artículos que recibe *El oído pensante* poseen una diversidad aún mayor a los reunidos por Sterne, por lo cual cualquier intento por agruparlos bajo un mismo rótulo enmascararía su diversidad y, sobre todo, su carácter transdisciplinario. Sucedería lo mismo si recurriéramos tanto a un término de extensión semántica exhaustiva como a las viejas denominaciones disciplinares con las cuales algunos ya no nos identificamos por completo –etnomusicología, musicología, sociología de la música, estudios de música popular, etc. Sin duda la falta de un nombre genera cierta ansiedad pero el empleo de uno inadecuado puede ser aún más nocivo. De hecho, en los últimos años ha habido una tendencia a deshacerse de las viejas etiquetas, al punto que algunos colegas inscriptos en las tendencias más críticas han intentado evadir incluso el término “música”. Paralelamente, muchos deciden cada día más alejarse de las formaciones que eligieron mediante la ampliación de sus marcos conceptuales y analíticos y, sobre todo, mediante la adopción de una actitud desobediente con respecto a los mandatos disciplinares que fijan cómo construir los objetos de estudio y de qué manera interrogarlos. Las carreras de carácter híbrido, por ejemplo aquellas que combinan la práctica musical con la investigación o las que abordan los llamados “estudios regionales”, también contribuyen a incrementar la ambigüedad de este escenario multidisciplinar.

No obstante ello, las viejas denominaciones de las disciplinas interesadas en las músicas y en otros fenómenos sonoros aún conservan gran vigencia: nombran y al nombrar diferencian y ordenan instituciones, títulos académicos, congresos, proyectos, publicaciones, archivos, sitios web, etc. El conjunto de estas denominaciones conforma un escenario clasificado. He aquí otro término que permite pensar el asunto. La clasificación ha sido y es un procedimiento frecuentado en las disciplinas que se interesan en la música, tanto para ordenar y jerarquizar los objetos estudiados como las áreas que los definen y abordan. En los últimos tiempos, este término ha sido empleado para describir el acceso vedado a la información y tanto su inevitabilidad, en términos de recurso cognitivo, como las ventajas y desventajas heurísticas que presenta han sido objeto de extensas discusiones. Antonio García Gutiérrez en las primeras páginas de uno de sus libros sintetiza contundentemente la dualidad del procedimiento clasificatorio y aboga por su contrario, la desclasificación:

Conocemos mediante una acción clasificatoria [...] Clasificar tiene, entre sus muchas acepciones, una perversa y de apariencia paradójica: ocultar conocimiento. Su contraria, la desclasificación, significaría, consecuentemente, su desvelamiento. [...] desclasificar, esto es, desmontar una estructura de ordenación dominante –generalmente jerarquista–, implica reclasificar con parámetros distintos a los de esa estructura. [...] Clasificar divide y separa en tanto que desclasificar agrega, reúne (2007: 5-6).

Si en una de sus acepciones, clasificar significa ocultar y dividir, el área en la que trabajamos debería permanecer desclasificada. El “sueño cantométrico” de Alan Lomax (1962) fue una de las últimas empresas clasificatorias –al menos entre las más visibles. Tuvo aciertos y desaciertos ampliamente destacados. Su utilidad para dismantelar las bondades de la clasificación aplicada, a escala global, a un objeto de estudio (el canto y su juntura con la organización social) fue evidente. Aunque no fue evidente que, sin saberlo su autor, puso sobre

el tapete un cuestionamiento a los intentos por clasificar las disciplinas. El método de Lomax, llamado *cantometrics*, fue un procedimiento híbrido, cuantitativo y cualitativo a la vez, particularista y universalista al mismo tiempo, anclado en una rutina disciplinaria (la comparación transcultural) y pionero en la aplicación de una perspectiva que años después fue de amplia aceptación en el área (la teoría de la *performance*). Entonces ¿cómo etiquetamos lo que hizo Lomax más allá de su formación profesional? ¿hizo etnomusicología, folklore, antropología o qué otra cosa? Si rotular lo que hace un autor resulta complicado –para lo cual abundan ejemplos recientes–, más lo es al nivel de un campo en el que convergen varias tradiciones disciplinares.

La variedad de artículos que reciben *El oído pensante* y muchas otras publicaciones, y que en definitiva también encontramos en los congresos, es una totalidad desclasificada –o que algunos queremos desclasificar. Esta condición implica la coexistencia de saberes superpuestos con fronteras desdibujadas que las mismas instituciones que los engendraron intentan clasificar, esto es: nombrar, dividir y jerarquizar. Cabe aquí una provocación. Esta consiste en relativizar el sentido de una conocida expresión pronunciada por un autor que reparó en la clasificación –en tanto recurso cognitivo– para reivindicar a pueblos rotulados como inferiores, aunque a algunos nos guste considerarlo un sujeto desclasificado, dado que buena parte de su pensamiento se resiste a ser encasillado dentro de los límites de una disciplina: no toda clasificación es superior al caos.

Referencias

- García Gutiérrez, Antonio. 2007. *Desclasificados. Pluralismo lógico y violencia de la clasificación*. Barcelona: Anthropos.
- Lomax, Alan. 1962. “Song Structure and Social Structure”. *Ethnology* 1: 425-451.
- Sterne, Jonathan. 2012. *The sound studies reader*. London and New York: Routledge.